

EL CAPOTE

Nicolái Gógol

“Difícilmente se encontraría un hombre que viviera cumpliendo tan celosamente con sus deberes... y, ¡es poco decir!, que trabajara con tanta afición y esmero. Allí, copiando documentos, se abría ante él un mundo más pintoresco y placentero. En su cara se reflejaba el gozo que experimentaba. Algunas letras eran sus favoritas, y cuando daba con ellas estaba como fuera de sí: sonreía, parpadeaba y se ayudaba con los labios, de manera que resultaba hasta posible leer en su rostro cada letra que trazaba su pluma”.



“Pero Akakiy Akakievich, adonde quiera que mirase, siempre veía los renglones regulares de su letra limpia y correcta. Y sólo cuando se le ponía sobre el hombro el hocico de algún caballo, y éste le soplaba en la mejilla con todo vigor, se daba cuenta de que no estaba en medio de una línea, sino en medio de la calle”.



“Y de este modo se enteraron en la oficina de la muerte de Akakiy Akakievich. Al día siguiente su sitio se hallaba ya ocupado por un nuevo empleado. Era mucho más alto y no trazaba las letras tan derechas al copiar los documentos, sino mucho más torcidas y contrahechas. Pero ¿quién iba a imaginarse que con ello termina la historia de Akakiy Akakievich, ya que estaba destinado a vivir

ruidosamente aún muchos días después de muerto como recompensa a su vida que pasó inadvertido? Y, sin embargo, así sucedió, y nuestro sencillo relato va a tener de repente un final fantástico e inesperado.”



NIKOLAI GOGOL, escritor ruso del siglo XIX.

Sus obras de teatro, relatos y novelas se encuentran entre las grandes obras de la literatura rusa, junto con las de sus coetáneos Tolstoi, Dostoievski y el que fue su amigo íntimo y mejor crítico literario, el poeta Alexandr Pushkin.

Sus novelas más famosas son “Almas muertas” y “Los viajes de Chichikov” y, entre sus relatos cortos más conocidos, destacan “El capote”, historia de un funcionario víctima de la injusticia social de la época, y las colecciones “Las veladas en Dikanka” (1831) y “Mirgorod” (1835).

Sus controvertidas convicciones religiosas provocaron que, tras un viaje a Tierra Santa, se dejase influir por un sacerdote fanático que acusaba a sus obras de pecaminosas, y destruyó gran parte de sus manuscritos, echando a perder los que hubieran podido ser valiosos tesoros literarios.

Rayando la locura, murió en Moscú en 1852.